

# LA APERTURA A LA EXPERIENCIA RELIGIOSA EN LOS ADOLESCENTES

*Santiago García Mourela<sup>1</sup>*

## DOS LÍMITES, ILIMITADOS

El *Directorio General para la Catequesis* (DGC), en su número 145, nos recuerda un criterio fundamental para toda acción eclesial, con su correspondiente aplicación en la pedagogía catequética y, también, en las palabras que quiero ofrecer:

«Jesucristo constituye la viva y perfecta relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios. De Él recibe la pedagogía de la fe «una ley fundamental para toda la vida de la Iglesia (y por tanto para la catequesis): la fidelidad a Dios y al hombre, en una misma actitud de amor». (CT 55)

Por eso, será auténtica aquella catequesis que ayude a percibir la acción de Dios a lo largo de todo el camino educativo, favoreciendo un clima de escucha, de acción de gracias y de oración, (DCG (1971) 10 y 22) y que a la vez propicie la respuesta libre de las personas, promoviendo la participación activa de los catequizandos.»

---

1 Profesor Universidad Pontificia Comillas. Docente en ICADE e ICAI, perteneciendo al departamento de Teología Dogmática-Fundamental de la Universidad Pontificia Comillas. Imparte los cursos de Cristianismo y Ética social.

Esta doble fidelidad, a Dios y al hombre, me lleva a marcar dos límites o premisas en mi propio discurso. En primer lugar, la fidelidad a Dios nos lleva a elaborar un discurso responsable sobre él. Esto es, que sepa responder —de ahí la palabra responsabilidad— o dar cuenta, de quién es Dios y de cómo actúa. Cuestión que, precisamente, nos lleva a la mayor de las imprecisiones: «*Deus semper maior*». Cualquier decir sobre él o cualquier determinación sobre su actuar, es siempre más «pequeño» que Él mismo, pues está limitado a las condiciones de la existencia —históricas, culturales, lingüísticas, etc.—. Por eso, ya desde ahora, considero que lo que voy a exponer es insuficiente; limitado a mi propia experiencia y reflexión. Sin duda, Dios está más allá y es mayor, que aquellas consideraciones que haremos sobre su experiencia. Los caminos que señalaremos nos son los únicos, pues sus caminos son insondablemente abiertos por su infinita condescendencia.

En segundo lugar, la fidelidad al hombre nos lleva a una indeterminación semejante a la descrita respecto a Dios. Queremos hablar de la experiencia religiosa o de su apertura en la adolescencia; ese periodo del desarrollo del ser humano especialmente convulso y abierto. Si como decía la máxima aristotélicotomista «*Omne individuum ineffabile*», podemos concluir que es en la adolescencia donde esta inefabilidad se percibe con mayor claridad. La adolescencia, como cualquier otra etapa del desarrollo —aunque especialmente—, no deja de reflejar el carácter transitorio de la existencia humana. «*Homo viator*», decían tantos pensadores. Somos seres en tránsito que, ya en la adolescencia, tratan de fijar metas y de trazar rutas, con el problema añadido de la inconsistencia personal propia de esta etapa. Junto a esta dificultad surge otra no menor ¿cuándo fijar su comienzo y su fin? Los once o doce años parecen ser las edades en las que hay mayor acuerdo sobre su inicio, pero ¿cuándo termina? ¿dónde marcar el inicio de la juventud? Hoy, es un hecho evidente, la adolescencia se ha prolongado. No es escaso encontrarse con chicos y chicas de «ventitantos» años que, no es que tengan comportamientos adolescentes, sino que viven perfectamente instalados en la adolescencia; cuando no sucede, ya en adultos, que algunas reacciones sean auténticas regresiones a esta etapa. Por eso, me atrevo a circunscribir la adolescencia en la segunda década de vida. Si bien es cierto, las herramientas y recursos personales, no son los mismos a su comienzo que en su final.

Con estos dos límites —por otra parte, tan indeterminados—, creo necesario aquilatar sintéticamente el concepto de «experiencia religiosa», no sea que lo apliquemos a cualquier expresión religiosa o humana, perdiendo su especificidad y, como consecuencia, el criterio para saber discernirla, identificarla y acompañarla en esta etapa.<sup>2</sup>

### ¿Qué entendemos por «experiencia religiosa»?

Pocas personas como J. Martín Velasco han descrito con tanta lucidez la experiencia religiosa, tanto en su unidad como en su diversidad.<sup>3</sup> Omitiendo referencias etimológicas de la palabra «experiencia» y la descripción minuciosa de los elementos del hecho religioso, nos detenemos en algunos de ellos que pueden ser especialmente relevantes para nuestra cuestión.

El primer elemento que conviene tener presente es que cualquier ámbito o lugar es susceptible para la experiencia religiosa. Atrás quedaron las consideraciones que marcaban una ruptura entre lo sagrado y lo profano (M. Eliade). Según el estudio fenomenológico, *todo ámbito del mundo que habitamos es sagrado* o religioso. En cualquier espacio puede acontecer el encuentro con el Misterio. Todo depende de una doble convergencia: que el Misterio quiera revelarse y que el sujeto, más allá de su intencionalidad —aunque también por ella—, tenga la suficiente apertura como para acogerlo.

En ese preciso momento, independientemente de la respuesta que se dé después él, el sujeto experimenta una *ruptura de nivel* en la que —sin dejar el mundo que le rodea— toma conciencia de sí mismo en su totalidad y en su radicalidad. Lejos de ser una experiencia provocada, es una experiencia de pasividad, de sentirse afectado por una alteridad que le visita. No es algo buscado, sino encontrado. Es cierto que la percepción que se tiene es de

2 Para una buena síntesis sobre la experiencia religiosa y su relación con la catequesis, Cf. E. ALBERICH, *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental*, CCS, Madrid 2003, 109 ss.

3 Cf. J. MARTÍN VELASCO, *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid 2007; Id., *Introducción a la fenomenología de la religión*, Trotta, Madrid 2006, 87-348; Id., (Ed.), *La experiencia mística. Estudio interdisciplinar*, Trotta-Centro Internacional de Estudios Místicos, Madrid-Ávila, 2004; Id., *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Trotta, Madrid 2003.

unificación personal, pero dicha lucidez es un efecto de la infinita luz que el Misterio vierte sobre el sujeto. Este se ve atravesado y sobrecogido por esa *presencia inobjetiva* del Misterio que, percibiéndola en la propia intimidad, le trasciende más allá de sus expectativas y de la realidad antes conocida. La luz recibida, es descrita de múltiples y paradójicas formas con la terminología típica de la teología mística o de la experiencia espiritual. Como luz sobre el conocimiento, la identidad personal previa al encuentro se ve juzgada por el mismo sujeto como perdición, en contraposición a la salvación padecida. Los sentimientos de paz, de serenidad, de alegría, de plenitud, de amor y perdón, son paradójicamente conjugados con sentimientos de limitación, «pequeñez», sobrecogimiento, desproporcionalidad, pecado, etc.

El momento que sigue a esta *ruptura de nivel*, está especialmente mediado por el lenguaje y las experiencias previas padecidas. Por eso se puede decir que toda experiencia es interpretada y, desde ahí, comprendida. Así, al experimentar estos momentos, el sujeto puede referirlos a una fuerza inmanente o a un Misterio trascendente, sea este impersonal o personal. De manera semejante, puede objetivarlos posteriormente al margen de cualquier tradición religiosa —las vías del ateísmo o del agnosticismo—; o, eclécticamente, puede elegir aquellas prácticas que le faciliten vehicular lo vivido —los llamados Nuevos Movimientos Religiosos—; también, puede responder con la entrega confiada al Misterio revelado —actitud específicamente religiosa o salvífica—; o, simple y llanamente, puede acumular la experiencia entre muchas otras que le han podido sobrecoger, pero sin tener mayor transcendencia en su vida —postura, ya clásica, de la indiferencia ante lo religioso—.

Cuando se da una respuesta positiva, dentro de las tradiciones religiosas, el momento inmediatamente posterior a este acontecimiento, es el considerado como *conversión* —en las tradiciones proféticas— o como *iluminación* —en las tradiciones místicas—. <sup>4</sup> Independientemente de su orientación, este proceso está marcado por una serie de *ritos de iniciación* que garantizan la plena

---

4 Somos conscientes de la imprecisión de esta terminología, aunque pueda resultar válida para la comprensión esquemática de estos procesos. En efecto, dentro de las llamadas tradiciones proféticas, existen grandes movimientos místicos como el Sufismo musulmán, la Cábala judía, o las múltiples vías abiertas en el cristianismo desde los escritos joánicos o paulinos.

incorporación del neófito a la comunidad de referencia como expresión de la nueva vida comenzada.

Después de este sucinto —y, por eso, incompleto— acercamiento al núcleo de la experiencia religiosa, surgen no pocos interrogantes o cuestionamientos que nos hacen preguntarnos sobre si es posible la experiencia religiosa en la adolescencia.

### **INTERROGANTES SOBRE LA EXPERIENCIA RELIGIOSA DE LOS ADOLESCENTES**

El primero de ellos es el referido al sujeto de la experiencia. Según lo dicho, parece que un requisito previo es que haya un sujeto constituido. ¿Qué quiere decir esto? Que el sujeto que padece la experiencia religiosa tenga adquirida o consolidada una mínima identidad personal. Y aquí topamos, a mi entender, con la mayor de las dificultades. La adolescencia, se caracteriza por una etapa en la que el chico o la chica, están buscando semi-conscientemente su propia identidad. Es decir, busca apropiarse de aquello que le caracteriza, de sus valores, de su forma de estar en el mundo, de la manera de relacionarse. Está comenzado a tomar conciencia de su propia biografía y a integrar las experiencias anteriormente vividas. Muchas de ellas, por una búsqueda de autoafirmación, serán rechazadas por contraposición a la infancia; otras, serán transformadas, si en ellas ve que le hacen ser más quien pretende ser: diferente al niño o niña que fue y como un joven en miniatura, que irrumpe en esa nueva etapa con novedad, aunque sienta distancia y rechazo hacia el mundo adulto.

Esto significa que, si no hay un «yo», más o menos definido, la relación con un «tú», se vuelve problemática. En muchos casos se verá como una amenaza y como una dificultad al proceso de construcción de la identidad, que cree poder hacer de manera autosuficiente. Por eso el adolescente rehúsa que le digan lo que tiene que hacer con su vida o quién es él mismo.

Toda relación supone esta identidad personal. Un «yo» que se relaciona, que dialoga, con un «tú». Si no hay un «yo», no hay diálogo, porque no se posee el posicionamiento necesario ante lo diferente.

Relacionado con este aspecto está la cuestión de la libertad. Toda relación es una elección, tanto de la persona con la que se entra en relación, como de la toma de postura ante ella. Por ello, la fragilidad identitaria del adolescente implicará una inconsistente elección. De ahí que los adolescentes vayan dando «bandazos» de un lado para otro, negando o afirmando continuamente los pasos anteriormente dados. Esto es síntoma del mayor de los frenos a la libertad, que se da especialmente en la adolescencia: el miedo. Miedo a equivocarse, miedo a no saber si podrá o no asumir consecuencias, miedo a no ser él mismo, miedo a sufrir, a que cualquier elección pueda resultarle dolorosa, miedo a que —paradójicamente—, pueda quedarse solo. Paradójicamente, porque, si bien busca una autoafirmación que le diferencie, no quiere encontrarse solo o rechazado.

Otro interrogante es la misma capacidad de poder acoger al Misterio y la primera consecuencia con su encuentro: la toma de conciencia de la dimensión de profundidad de sí mismo y de la realidad. P. Gallagher habla de que, hoy en día, las personas han mermado su capacidad receptiva respecto a la revelación.<sup>5</sup> No es que no se sea capaz, pero hoy se tiene más difícil. El adolescente de hoy está especialmente hiperestimulado, llevándole a comportamientos diletantistas —en palabras de M. Blondel<sup>6</sup>—, que se prolongan en el tiempo. Se buscan incesantemente estímulos positivos, inmediatamente gratificantes. Todo lo que implique proceso, camino, constancia, paciencia, es especialmente rechazado. Acostumbrado a moverse en la superficialidad y fugacidad de la sensibilidad, verá como una amenaza aquello que le instale en otro nivel, fuera de lo concreto y que, inicialmente, no le proporcione los sucedáneos de satisfacción a los que está acostumbrado.<sup>7</sup>

5 Cf. P. GALLAGER, *El evangelio en la cultura actual: un frescor que sorprende*, Sal Terrae, Santander 2014, 41.

6 Cf. M. BLONDEL, *La Acción. Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*, BAC, Madrid 1996, 26-39.

7 Las descripciones sociológicas de B. Chul-Han son especialmente sugerentes a este respecto. Entre otros, Cf. B. CHUL-HAN, *La sociedad del cansancio*, BARCELONA 2012; ID., *La sociedad de la transparencia*, BARCELONA 2013; ID., *Psicopolítica*, Barcelona 2014; ID., *En el enjambre*, Barcelona 2014.

Junto a esto, está la carencia de categorías que le ayuden a integrar las experiencias vividas, más allá del emotivismo. El «me gusta o no me gusta», se convierte en criterio de discernimiento y de elección. La dimensión racional, que articula el mundo de los valores, es sustituida por el mundo emocional. Este, como primera expresión de la dimensión afectiva, tiende a sustituirla y a anestésiala; afectividad y racionalidad, están íntimamente vinculadas y forman un todo con la dimensión volitiva. La desarticulación entre ellas es la que proporciona los acostumbrados sentimientos de insatisfacción y de frustración en la adolescencia.

Por el mismo motivo —el déficit racional—, aunque el adolescente haya padecido una experiencia religiosa, no sabrá identificarla como tal y no sabrá articularla de manera diferente a cualquier otra experiencia de intensa conmoción.

Vistas desde aquí las cosas, y pudiendo sumar más interrogantes, podríamos concluir que el binomio experiencia religiosa-adolescencia es difícil de articular. Sin embargo, la convivencia y la relación con ellos nos revela que, de manera provisional —aunque suficiente para la etapa en la que se encuentran—, los adolescentes no están cerrados a lo religioso. Y explico lo que entiendo por religioso.

Santo Tomás hacía una distinción entre la fe y la religión. «*Religio non est fides, sed fides protestatio per aliqua exteriora signa*»<sup>8</sup>. La fe no se identifica con la religión, pues esta es testimonio de aquella. Por religioso entiendo esta primera respuesta ante Dios —*fides*—, articulada en signos exteriores —*religio*—, cifrados como mediaciones. Los adolescentes, no están cerrados a esta relación personal con Dios, aunque no son escasas las reticencias al conjunto de mediaciones religiosas. Al igual que sucede con la construcción de su identidad —que busca ser autónoma, cuando no autosuficiente—, rechazan toda mediación externa que les diga cómo articular su particular experiencia—al verla como imposición y amenaza—. Con todo, aunque exista rechazo a todo lo religioso-institucional, resulta difícil articular la experiencia religiosa al margen de las expresiones fijadas en las tradiciones religiosas.<sup>9</sup>

8 TOMÁS DE AQUINO, *STH.* II-II, 94, 1. AD 1.

9 Sobre este aspecto, Cf. A. COMPTE-SPONVILLE, *El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios*, Paidós Ibérica, Barcelona 2006. En esta obra, es singular

## LA REALIDAD, GRACIAS A DIOS, SE IMPONE

Gracias a Dios, pese a estas u otras reticencias y dificultades, «la realidad se impone» —como diría Zubiri<sup>10</sup>—, y podemos descubrir elementos de la experiencia religiosa en los adolescentes. Quizá no se den todos, ni de manera plena, purificada o diferenciada, pero parece que, aunque el ambiente, la configuración de la identidad y la consistencia del sujeto, puedan ser provisionales, no son óbice para que Dios siga haciéndose el encontradizo. Detengámonos en algunos elementos hacia los que son más sensibles del hecho religioso y de la misma religión.<sup>11</sup>

Relacionado directamente con el ambiente donde han ido creciendo, en los primeros años de la adolescencia cobran relevancia los atributos de Dios vinculados al mundo afectivo, como la incondicionalidad de su amor y de su presencia íntima. Dios es quien les acepta y compensa sus insatisfacciones y necesidad afectivas. Tienen una oración personal que suele ser breve y sincera, huyendo de fórmulas prescritas, aunque también pasan por etapas donde esta relación se abandona y la excusan con una religiosidad externa —signo de la distancia entre «yo ideal» y el «yo real», propia de la inmadurez de esta etapa—. En ocasiones, la relación con Dios se convierte en instrumental, claramente egocéntrica, centrada en sus problemas y necesidades, con ausencia de compromiso personal. Hacia el final de la adolescencia, es cuando son conscientes de que tiene que tomar postura ante Dios. La pregunta que surge es sobre «¿dónde está Dios si no lo siento y si hay muchas cosas en el mundo que le niegan?». Ante esto, muchos saben conjugar lo trascendente, lo relacional y la propia libertad, articulando una relación encaminada hacia la madurez religiosa, otros deciden vivir al margen, cerrando —al menos momentáneamente— la puerta de la fe y, otros, se mantienen en una religiosidad

---

cómo el autor, después de describir su experiencia religiosa y de argumentar contra la existencia de Dios, trata de articular una serie de presupuestos y de mediaciones al margen de cualquier tradición religiosa, pero extraídas de muchas de ellas, para encauzar la innegable dimensión espiritual de la persona.

10 X. ZUBIRI, *Inteligencia Sentiente. Inteligencia y realidad*, Alianza, Madrid 1980, 241-242.

11 Refrendados por la propia experiencia pastoral, tomo algunos de CENTRO NACIONAL SALESIANO DE PASTORAL JUVENIL, *Itinerario de educación en la fe. Guía del animador*, CCS, Madrid 2014, 49-52.

infantil. Algo singular es la relación con Jesús. Por todos es admirado: su coherencia, su arrojo, su cierta rebeldía, son cualidades que reconocen y que les atraen. Con todo, no deja de ser alguien del pasado a quien admirar, pero no alguien vivo y presente a quien seguir.

Aunque tienen ciertas reticencias a algunas prácticas religiosas, como la reconciliación —por el sentido de culpabilidad, la ruptura de la propia imagen que tratan de construir, la mediación de un sacerdote, etc.— o la celebración eucarística —vinculada al mundo adulto y a un conjunto de ritos externos que no consiguen conectar con su propia experiencia—, no rechazan lo comunitario, siempre y cuando sea entre iguales y vehicule su mundo afectivo e intimista —signo de cierto gregarismo propio de esta etapa—. Huyendo del protagonismo, les gusta participar en grandes encuentros donde se acrecienta el sentimiento de pertenencia a un grupo. Expresión comunitaria que, al final de la adolescencia, será altamente valorada. El grupo, como espacio de cuidado, de consolidación y desahogo afectivo, será un lugar privilegiado para ellos.

La ruptura con la etapa anterior y el rechazo al adulto provoca las primeras crisis de fe. Lo que antes creían no terminan de comprenderlo y las respuestas de los adultos no les resultan válidas. Por eso hay cierto decaimiento en la pertenencia eclesial, cuando no se manifiestan críticos o reticentes a todo lo que suene a Iglesia. Lo que vale es lo que ellos sienten y, hacia el final de la adolescencia, lo que ellos hacen. El compromiso, en este momento, cobra especial relevancia, aunque, en la mayoría de casos, está desvinculado de una motivación trascendente o religiosa. En él ven un ámbito de realización personal, bajo la excusa, semi-inconsciente, de un bien solidario y altruista.

Con estos mimbres, ¿qué cestos podemos hacer? ¿Cómo educar la apertura a la «experiencia religiosa» y cómo educar hacia la «experiencia religiosa específicamente cristiana»? ¿Qué lugar y función debe tener la catequesis en esta etapa para que haya una continuidad en la maduración de la fe? ¿Hay elementos de la vida cristiana que deban ser pospuestos? ¿Qué pedagogía adoptar para que, sin violentar esta etapa de maduración, los aspectos de la vida cristiana que más cuestan en la adolescencia puedan ser educados? ¿Qué acentos deben ser potenciados en la catequesis para preparar, facilitar o

vehicular la experiencia religiosa? Tratemos, con temor y temblor, de iluminar estas cuestiones.

## CATEQUESIS Y EXPERIENCIA RELIGIOSA

El primer escollo que muchos se plantean es si debe haber una catequesis para adolescentes. L. Aerens así lo expresa al describir opciones pastorales que, o bien omiten las ofertas pastorales entre los 12 y 16 años, o concentran la acción catequética entre los 12 y los 14 años; o que, directamente, prescinden de toda acción pastoral específica para adolescentes.<sup>12</sup> De manera similar, H. Derroitte, se pregunta si todos los esfuerzos catequéticos deben concentrarse entre los 6 y los 18 o, más bien, debieran desplegarse antes —de 0 a 6 años— y después —entre los 25 y 40 años—, cuando se viven procesos de decisión auténticamente configuradores —noviazgo, vida laboral, etc.—. Planteamiento que no significa que haya que abandonar a los adolescentes, pues la fe debe proponerse a todas las edades, pero sí que la catequesis deba adquirir un perfil diferente.<sup>13</sup>

Otro interrogante es el de si la catequesis debiera ser un momento segundo, posterior a la experiencia religiosa. Así reflexiona la Conferencia Episcopal de Bélgica cuando afirma que «la catequesis comienza cuando alguien se ha encontrado con el Evangelio y ha sido tocado por la fe»<sup>14</sup>. De nada serviría una catequesis que no pivotase sobre ese encuentro previo; de ahí su complementariedad con el primer anuncio (Cf. DGC, 61). Ahora bien, en este sentido, los obispos belgas recuerdan que la fe proviene *ex auditu* (Rom 10, 17), del mensaje que se escucha, y que esta escucha se realiza a través de la Palabra de Dios que se revela en palabras y signos humanos. Como decía Isaac de la Estrella, la Palabra de Dios es cada acontecimiento, «*vox vero Verbi, omnis eventus*

12 Cf. L. AERENS, *La catequesis del camino. Una propuesta práctica familiar, comunitaria e intergeneracional*, Sal Terrae, Santander 2006, 190-191.

13 Cf. H. DERROITTE, *Por una nueva catequesis. Jalones para un nuevo proyecto catequético*, Sal Terrae, Santander 2004, 34-36.

14 CONFERENCIA EPISCOPAL DE BÉLGICA, *Hacerse adulto en la fe. La catequesis en la vida de la Iglesia*, 2006, n. 16, EN ID., *Hacerse adulto en la fe. Catequesis y signos de los tiempos*, Sal Terrae, Santander 2010, 23.

*est*»<sup>15</sup>. Así, la misma catequesis, como acción humana, eclesial, es, en muchos casos, ese primer contacto con el mensaje, esa condición de posibilidad del encuentro con la Palabra, ese primer anuncio que el «oyente de la palabra» (Rahner), está capacitado y diseñado para acoger.<sup>16</sup> Situándola de manera semejante, la Conferencia Episcopal Española recoge esta sensibilidad, al decir que la catequesis perfila la «primera fe recibida» facilitando su especificidad cristiana.<sup>17</sup> En la misma línea, la Conferencia Episcopal Francesa recuerda las tres fuentes de la catequesis para remitir a la experiencia propiamente eclesial: «las Escrituras, la liturgia y el cuerpo concreto de la Iglesia según la diversidad histórica, geográfica y cultural».<sup>18</sup>

Las vías abiertas por estos interrogantes sugieren la necesidad de una propuesta catequética en la adolescencia, haciéndola pivotar sobre la experiencia religiosa. Si bien es cierto que esta no se puede provocar, puesto que depende de la infinita condescendencia divina, sí que se puede preparar o educar —en el caso que no se haya padecido— para poder acogerla, interpretarla y asimilarla cuando suceda. En este sentido, la catequesis puede dotar de una serie de claves de lectura para que el adolescente comprenda lo que le está pasando, cuando Dios le toque o le haya tocado el corazón, y cómo debe responder. Referencias para ello bien puede ser los relatos de Jeremías, de Samuel, del joven rico o, ya en la tradición, de S. Agustín.

Con esta perspectiva catequética, explícita o implícitamente, la fe cristiana se convierte un elemento potenciador y estructurador de la maduración del adolescente, no como un sobreañadido a su madurez humana, superpuesto o ajeno a su vida, sino como algo que le ayuda a tomar conciencia de su propia identidad, que le facilita sus procesos de elección y a adquirir una racionalidad afectiva capaz de integrar el encuentro con Dios más allá del emotivismo.

15 ISAAC DE LA ESTRELLA, *Sermón* 47, 13 (SCH 339, 145).

16 Cf. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 164-165. CONFERENCIA EPISCOPAL DE BÉLGICA, *Hacerse adulto en la fe*. O. C., 26-27.

17 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo*, EDICE, MADRID 2015, 19.

18 Cf. CONFÉRENCE DES ÉVÊQUES DE FRANCE, *Texte national pour l'orientation de la catéchèse en France*, 35. Disponible en <<http://www.catechese.catholique.fr/download/6-213920-0/texte-national-pour-l-orientation-de-la-catechese-en-france.pdf>> y en la edición de la editorial CCS, Madrid 2008.

Aunque lo afectivo sea la puerta de entrada para muchos adolescentes, no hay perversión mayor que reducir la vivencia cristiana y la experiencia de Dios, a los estrechos e inconsistentes caminos del sentimentalismo y la irracionalidad. No faltan recursos en nuestra tradición que ayudan a madurar el mundo afectivo y a situar ahí, con una racionalidad específica, la experiencia religiosa y el centro de la vida cristiana. San Agustín, san Bernardo, Guillermo de Saint-Thierry, Francisco de Sales, san Juan de la Cruz, entre otros, son voces que se oyen poco y, sin embargo, hoy son bien necesarias para educar el «espíritu de finura» capaz de descubrir las «razones del corazón» de las que hablaba Pascal.

Con eso de fondo, me atrevo a sugerir algunas pautas o elementos en la catequesis con adolescentes que pueden articular o favorecer la acogida y el desarrollo de la experiencia religiosa.

### **Algunos elementos para educar la apertura a la experiencia religiosa en la catequesis con adolescentes**

Quizá, un primer paso —no negado en teoría, pero que en la praxis no se percibe su claridad—, sea tomar conciencia de proceso. La catequesis no es algo cerrado a la iniciación cristiana, ni a la preparación a los sacramentos.<sup>19</sup> Eso supondría una instrumentalización de la acción eclesial y una funcionalización de la comunidad cristiana, con su consiguiente vaciamiento. Si bien es cierto que la catequesis con adolescentes debe diferenciarse de la catequesis de infancia y de la pastoral con jóvenes, esta debe insertarse en un proceso más amplio, tanto en la vida del adolescente, como en la vida de la comunidad.<sup>20</sup> En este sentido, urge una desacramentalización de la catequesis y una percepción de esta como un itinerario de educación en la fe, donde se inserta la recepción de los sacramentos que, si bien deben tener una preparación específica, estos deben ser expresión de un proceso personal en referencia a la experiencia religiosa, más allá de edades o determinados años de formación.<sup>21</sup> Por eso, los plazos, aunque tengan que establecerse, deberían ser flexibles, sujetos a escrutinios que validen la maduración del candidato. Desde

---

19 Cf. DGC, 88-89.

20 Cf. CONFÉRENCE DES ÉVÊQUES DE FRANCE, *Texte national*. O. C., 23.

21 Cf. DGC, 69-72.

ahí, no habría motivo de preocupación por «dar todos los contenidos» en un determinado tiempo, sino que el foco estaría puesto en que los contenidos o experiencias que se ofrecen estuvieran asimilados vitalmente, conforme a la madurez de los destinatarios.<sup>22</sup>

Conjugar la madurez de los destinatarios con el proceso catequético, quizá implique, en estas edades, que haya más de escucha que de propuesta, no fuese que se hicieran propuestas o se dieran respuestas que, siendo muy buenas y acertadas, no fuesen acogidas por estar desvinculadas de los centros de interés de los destinatarios. Sólo cuando el adolescente se ha sentido acogido, es cuando acoge lo que se le propone. En esta dinámica de escucha y propuesta hay dos elementos que, sin ser los definitivos, considero centrales: el ambiente y la persona de catequista.

El ambiente ha de ser especialmente acogedor, afectivamente cálido y, en no pocas ocasiones, festivo y lúdico. Para esto, a parte de las actividades correspondientes, es necesario trabajar paralelamente con la familia. Esta, al fin y al cabo, es la que ha ido configurando el prejuicio o el juicio que el adolescente tiene de la catequesis. Urge liberar a los padres, tanto del «toca ir a catequesis», «son solo x años», como de los que ven la catequesis como una amenaza cuando el chico o la chica quieren incorporarse o continuar. Es un trabajo nada sencillo y para el que, a mi entender, no se está preparado. Sin ser intransigentes ni agobiantes, habrá que mostrarles qué y cómo se trabaja con sus hijos, e invitarles a algunas iniciativas para ellos, más que a participar en otras con sus hijos; al menos a estas edades, este tipo de actividades suele generar rechazo por parte de los adolescentes. Otra cosa es que al mismo tiempo haya una diversidad de ofertas para hijos y padres. En este caso, la organización de una sola catequesis intergeneracional, articulada en diversidad de propuestas, se muestra como uno de los caminos más fecundos.<sup>23</sup> Junto a

22 Cf. ASAMBLEA DE OBISPOS DE QUÉBEC, *Jesucristo, camino de humanización*, 2004, EN D. MARTÍNEZ-P. GONZÁLEZ-J. L. SABORIDO (COMP.), *Proponer la fe hoy*. O. C., 149.

23 Cf. A. HARKNESS, «Una catequesis intergeneracional», EN H. DERROITTE (DIR.) *15 nuevos caminos para la catequesis hoy*, Sal Terrae, Santander 2008, 59-78; COMISIÓN EPISCOPAL FRANCESA DE CATEQUESIS Y CATECUMENADO, *Ir al corazón de la fe. Interrogantes de futuro para la catequesis*, 2003 EN, D. MARTÍNEZ-P. GONZÁLEZ-J. L. SABORIDO (COMP.), *Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto*, Sal Terrae, Santander 2005, 204-205; H. DERROITTE, *Por una nueva catequesis*. O. C., 95-106.

esto, un elemento eficaz de trabajo con los padres son los propios hijos. Más allá de sus prejuicios o juicios, si los padres ven que su hijo o hija «se lo pasa bien» en catequesis —entiéndase bien esta expresión—, que el ambiente es sano y le ayuda a crecer, que hace amigos..., serán los primeros en facilitar su participación. Por eso, no hay que tener miedo a preguntarse si los chicos han disfrutado en catequesis. Para muchas cosas en la vida lo afectivo es lo efectivo. Si no hay cierto agrado, aunque haya capacidad, no habrá apertura y disposición para acoger nada. Tampoco habría que tener miedo a no «dar los contenidos» programados si surgen situaciones en las que convenga estar más a la escucha que a la propuesta.

De ahí la importancia del catequista. Siempre que se pueda, hay que hacer una apuesta por catequistas jóvenes. Esto es arriesgado, pero nadie evangeliza mejor a un joven, que otro joven. Es cierto que este joven catequista tendrá muchas lagunas en su formación, pero creo que es un testimonio elocuente del mismo proceso que el adolescente vive, que no termina con la etapa en la que se encuentra. El catequista es alguien que va «unos pasos por delante» del catequizado, pero que no lo tiene todo claro; que, en muchos casos, comparte interrogantes, pero esos interrogantes son asumidos como un impulso que gozosamente le empujan a crecer. Por eso, el joven catequista también está en formación, no solo en cuanto catequista, sino en cuanto creyente; en una etapa mistagógica o de catecumenado postsacramental. De esta realidad se desprende el proceso de personalización y acompañamiento que es necesario hacer con el catequista; este será el mejor aval para que el catequista fomente el seguimiento y el acompañamiento con los adolescentes.<sup>24</sup> Lo que él está viviendo como acompañado, será lo que él haga como acompañante. Esta herramienta es, a mi entender, clave en el momento actual, porque ayuda a personalizar la fe, a que el itinerario no sea el de la programación anual de los contenidos, sino el del mismo adolescente, a su ritmo y con un cuidado particular. El acompañamiento es ese momento en el que el adolescente se siente querido y escuchado; en el que hace proceso personal, más allá del desarrollo de los temas en el grupo; en donde el catequista le ofrece claves de lectura para la propia vida y le propone horizontes; en donde va asumiendo las crisis de fe, más como una oportunidad que como una ruptura; donde va

---

24 Cf. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 169-173.

trabajando aquellas cosas que más le cuestan de la vida cristiana.<sup>25</sup> Para eso es necesario el catequista que, armado de paciencia por la edad con la que trabaja, se convierta en mistagogo<sup>26</sup>; ministerio que le ayudará a él mismo a ir consolidando su fe y a articular su compromiso comunitario.<sup>27</sup>

Con estas condiciones, algunas prácticas que ayudan a la apertura a la experiencia religiosa, a la vez que la educan pueden ser:

- **La educación de la memoria.** Pasajes del libro del Éxodo o el relato de Emaús, son inspiradores y ayudan a que el adolescente vaya tomando conciencia de su particular *historia salutis*.<sup>28</sup> Más allá de la suma superficial de momentos, la biografía personal se convierte en una oportunidad para que el chico o la chica, vaya asumiendo su propia historia y, por ello, tomando conciencia de su propia identidad.<sup>29</sup> De igual modo, recorrer esta historia como tejida por Dios, facilita una lectura creyente de aquello que ahora le sucede, a la vez que le compromete con un determinado estilo de vida. También, le ayuda a reconocerse dentro de una historia de creyentes y de una comunidad que le precede y acompaña. Muchas veces en la vida no se experimenta esa *ruptura de nivel* propia de la experiencia religiosa, sin embargo, resulta más sencillo descubrir el paso de Dios en los acontecimientos vividos.
- **La oración.** Es el corazón de la fe. Centro que condensa y desde el que se articula la vida cristiana. Los adolescentes, en pequeños grupos, son muy receptivos a las oraciones cuidadas y sencillas. Lejos de una excesiva inflación litúrgica, así como de un uso excesivo de gestos o dinámicas que descentran, la oración es el momento de la relación sincera y espontánea

25 Cf. ASAMBLEA DE OBISPOS DE QUÉBEC, *Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir*, 2000 EN, D. MARTÍNEZ-P. GONZÁLEZ-J. L. SABORIDO (COMP.), *Proponer la fe hoy*. O. C., 170.

26 Cf. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 166.

27 Cf. DGC, 156. 184. 232; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Custodiar*, o. c., 20-21.

28 Son muy sugerentes los relatos indicados en la ASAMBLEA DE OBISPOS DE QUÉBEC, *Proponer hoy la fe a los jóvenes*. O. C., 182-190.

29 Cf. DGC, 107. 144; P. A. GIGUÈRE, «Trabajo biográfico y nuevo nacimiento» EN, PH. BACQ-CH. THEOBALD, *Una nueva oportunidad para el evangelio. Hacia una pastoral de engendramiento*, DDB, BILBAO 2011, 227-240.

con un «Tú» que sostiene y trasciende. En este aspecto, conviene estar alerta en no adquirir en las oraciones tonalidades demasiado intimistas. La interioridad es algo que está de moda —llegando a articular muchas propuestas pastorales—, pero se puede caer en el riesgo de una autolatría, de un interiorismo egocéntrico que solo busque la armonía personal o cierta comodidad al margen los avatares de la vida. Por eso, un «antídoto» es que toda oración comience con una pausada invocación al Espíritu y que, en su desarrollo, esté presente la Escritura; ambos elementos, expresiones de una voz que viene de fuera, que pide ser acogida, que alienta, que provoca, que desinstala, que facilita el diálogo con Aquel que nos dirige la palabra.<sup>30</sup> Solo así, la interioridad es habitada y el espacio creado en la intimidad se convierte en relación y hogar.

- **El símbolo.** Entendido como algo originario, como una gramática con la cual entender, entenderse y relacionarse con Dios y los demás. Educar lo simbólico supone salir de la fría objetividad de la superficialidad, para saber adentrarse en la realidad en su dimensión de profundidad. Lo simbólico tiene relación con la Escritura, con el mismo camino que el adolescente va recorriendo en su vida y en su fe y, especialmente, con la Liturgia y con la Profesión de fe. Las celebraciones son catedrales de semióticas que remiten a algo más allá de sí mismas: al Misterio revelado y a la profundidad humana. De manera semejante, la Profesión de fe y las oraciones fijadas por la tradición, remiten a una experiencia comunitariamente reconocida y acordada que puede ayudar a comprender aquello que se está viviendo.
- Educar en lo simbólico, supone educar la mirada y la intencionalidad, descubrir un nuevo criterio de valoración de la realidad y un nuevo modo de relación con Dios; tanto de Él hacia nosotros, como de nosotros hacia Dios. En este sentido, el recurso a la recepción de un símbolo en diferentes momentos del itinerario de educación en la fe, debería prolongarse más allá de la preparación sacramental. De igual modo, podría ser sugerente un itinerario de iniciación litúrgica a través de lo simbólico.

---

30 Cf. DGC, 85. 87. 178.

- Si bien estas prácticas pueden educar a acoger o a reconocer la experiencia religiosa durante toda la adolescencia, hay algunas que son más fecundas al principio de esta o en su final. Sintéticamente, decimos una palabra sobre tres de ellas, que han salido en las formas de religiosidad en la adolescencia descritas con anterioridad.
- **Los grandes encuentros y convivencias.** Son momentos con una repercusión positiva en los primeros años de la adolescencia. Un día, o varios, de autonomía de los padres, de encuentro con iguales, con momentos lúdicos, de reflexión y de oración; días que ofrecen la oportunidad de trabajar con ellos de forma pausada la profundización, el grupo, lo celebrativo. En sí mismos ofrecen mucho, aunque sin el acompañamiento y la continuidad debidos, pueden correr el riesgo de fomentar cierto diletantismo religioso que se acentúa en los últimos años de la adolescencia. No es escaso encontrar a adolescentes que, cercanos ya a la juventud, tuvieron este tipo de experiencias —a las que todavía siguen abiertos—, pero que no tuvieron una continuidad o concreción en su vida ordinaria. Para la comunidad fue una oportunidad perdida, hasta tal punto que pudo echar a perder experiencias futuras.
- **El compromiso.** Si bien es cierto que el compromiso o voluntariado, es por donde entran más los adolescentes cercanos a la juventud, también lo es que es la representación más clara del «ángel de luz» de las tentaciones de la segunda semana de los *Ejercicios* ignacianos. Bajo capa de bien, por no estar centrado desde una motivación creyente, suele ser una búsqueda de satisfacción personal, más que un ejercicio de diaconía o de caridad. Prueba de ello es la falta de constancia una vez pasados los primeros momentos de novedad o sobrevenidas las primeras dificultades y conflictos. Por eso, sobre todo en los últimos años de la adolescencia, el compromiso a proponer debe tener garantías de gratuidad, de continuidad y de acompañamiento, so pena de instrumentalizar al chico o a la chica para «sacar a delante» determinada acción. Gratuidad, continuidad y acompañamiento, pueden ser las condiciones para que el adolescente vaya comprendiendo su experiencia de servicio como constitutiva de la vida cristiana; como lugar de encuentro con el Señor en el necesitado o en las necesidades de la comunidad.

- **Los momentos de elección.** Al principio de la adolescencia no es del todo oportuno situar ante elecciones al chico o chica. Muchas otras motivaciones pueden mermar la libertad propia de toda decisión —responder a expectativas, presión de grupo, falta de consciencia sobre la trascendencia de las decisiones, etc.—. En cambio, conforme el adolescente va caminando por esa etapa, la decisión puede ser un momento de especial densidad religiosa. Le facilitará profundizar en sus motivaciones, será motivo de diálogo en su oración y le ayudará a saber confiar y confiarse, más allá de sus fuerzas, expectativas o razonamientos. De manera semejante, la elección, en su cotidianidad, será expresión del progreso en su vida cristiana. El adolescente, cercano a la juventud, cotidianamente elegirá si reza o no reza, si prioriza un compromiso adquirido o su propia comodidad, si se orienta por el bien y el servicio a los demás o por su propio beneficio, etc., y otras tantas pequeñas decisiones que, bien acompañadas, aqulitarán una vida abierta y disponible al Dios que se le ha revelado.

## CONCLUSIONES ABIERTAS

Si al comienzo de estas líneas dos límites marcaban la insuficiencia de mi reflexión, creo que, al final de ella, queda aún más abierta. Es innegable que, «a su modo», los adolescentes no solo están abiertos a la experiencia religiosa y que esta apertura es susceptible de educación, sino que, precisamente, por ser «a su modo», es una apertura y una experiencia que pueden y deben ser perfeccionadas y profundizadas. Cuestión que revela el largo y paciente acompañamiento que la comunidad debe hacer con sus miembros más jóvenes y, por eso, más frágiles. Por el especial carácter dinámico de la adolescencia, la comunidad deberá estar atenta a las sensibilidades que dominan en ellos, a sus preocupaciones y urgencias y, exigida por su misma naturaleza misionera, deberá estar continuamente en formación, actualizando los modos y las maneras, verificando sus criterios y decisiones.

Toda obra de arte requiere tiempo y dedicación, entrega y renuncia, no busquemos soluciones rápidas ni instrumentales para las *mirabilia Dei* que los adolescentes están llamados a experimentar en su propia vida. Esmerémosnos para que sepan acogerlas, sabiendo que Dios nos precede en esta tarea y confiando tanto en ellos, como Él confía en todos. No nos conformemos,

tampoco, con una preparación a la recepción de los sacramentos que resulte externa y ajena a la propia vida, bajo la excusa de la acción eficaz de la gracia. Es cierto que la última palabra siempre es de Dios, pero es labor nuestra facilitar que el adolescente o el joven puedan acoger esa palabra definitiva.

Quisiera terminar evocando unas palabras de Benedicto XVI en torno el *Año de la fe*:

«La puerta de la fe» (cf. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma.

Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo (cf. Rm 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. Jn 17, 22).»<sup>31</sup>

También en la adolescencia esa puerta está abierta. Es cuestión nuestra dotar de recursos para que el corazón del adolescente se deje transformar por el Amor. Para que ese momento sea desde el que se articule toda la vida y suponga un nuevo nacimiento hacia la Pascua definitiva. Como recordará Benedicto XVI al final de su pontificado, ya firmado por Francisco en *Lumen fidei*:

«Para transmitir un contenido meramente doctrinal, una idea, quizás sería suficiente un libro, o la reproducción de un mensaje oral. Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros.»<sup>32</sup>

Bien sabemos que educar el corazón es una labor de toda la vida. La labor con los adolescentes participa de esa misma provisionalidad. Es una tarea

31 BENEDICTO XVI, *Porta Fidei*, 1.

32 FRANCISCO, *Lumen fidei*, 40.

## **76** *La apertura a la experiencia religiosa en los adolescentes*

que, ante todo, se vive desde la esperanza. Sin ninguna evidencia, aunque con la suficiente confianza en que la gracia de Dios vaya abriéndose camino en el corazón del adolescente. Una esperanza que, lejos de ser una despreocupación por el futuro, es concreta y se afana por acompañar la experiencia vital y el camino de fe que están íntimamente unidos en la vida de todo creyente.